

Acercóse por fin la hora. El príncipe, temeroso de algun contratiempo, después de hacer refrescar á sus gentes, dirigió sus pasos hácia el valle. A poco se halló el pequeño destacamento á la vista del castillo: y ya que se encontró donde solamente el foso mediaba entre la torrecilla y él, Ricardo titubeó un instante dudando si tiraría su puente volante por aquel rumbo ó si seria mejor flanquear la posición y tratar de asaltarla por los barrancos; pero en esto, oyó un rumor ligero, que venia de la torrecilla, y conoció que provenia de que habia quien bregaba por abrir la ventanilla que daba al campo. Aun no daba la hora citada, pero considerando él cuánto importaba en aquellas circunstancias el silencio, mandó que nadie chistara y hasta Fanor, que parecia comprender la gravedad de las circunstancias, se mantenia quieto á los piés de su amo.

El reloj del lóbrego alcázar dió doce martillazos sobre la sonora campana.

Una flecha disparada del castillo cae á los piés de Ricardo, quien ve atada á ella una cuerda. Al punto, por este medio dos caballeros de la escolta se adelantan, tiran con diestra mano el puente volante, y habiéndole sujetado del otro lado del foso, atraviésanle atrevidamente, seguidos del rey y demás séquito.

Entre tanto, Eduardo que habia dirigido al príncipe informes muy sucintos, acababa de abrir su ventana, pues él era quien habia tirado poco antes la flecha.

Plántase al punto una escala volante al lado del muro, dos personas se presentan á bajar por ella, y aun una se ha desasido del borde de la ventana, cuando el grito *¡á las armas! ¡á las armas!* se deja oír en los aires.

Y tras este grito llénanse las cortinas de encendidas hachas, y vense centellar

espadas arriba de la torrecilla. A poco, los soldados del castillo penetran en el aposento de la jóven castellana acaudillada por Rodolfo, quien corriendo derecho á la torrecilla ve, comprende lo que pasa, es decir, que la castellana se fuga, acompañada de otra mujer, por una escala de cuerda.

El gigante levanta las ojos al cielo, como para preguntarle qué tiene de hacer en aquel crítico lance: luego, creyendo que le iba en ello la vida á su señora ó la honra á su señor, sin mas reparar en nada, toma una tea para alumbrar bien su brazo, y con una daga corta la escala. ¡Ay de las dos mujeres que por ella bajan si no han pisado con tiempo el suelo!

Siente Ricardo correrle por la frente un sudor frio, biélasele la sangre en las venas al considerar que las dos mujeres van á caer precipitadas en el foso sin que alcance el valor á salvarlas.

Uno de los criados de Ricardo, poniendo por obra el feliz pensamiento que á la imaginacion se le viene, arroja con admirable despejo á sus camaradas las mantas de los caballos, les manda agarrarlas por las puntas y pónelas debajo de las dos fugitivas.

¡Tiempo era ya! Rómpele la cuerda, caen las dos mujeres sobre la tela salvadora. ¡Se han salvado!...

Con la presteza del rayo, Ricardo y los suyos cruzan de nuevo el foso en union de su presa y ganan el campo.

Rodolfo, acaudillando treinta caballeros armados de punta en blanco, sale del castillo y échase á perseguir á los fugitivos.

Este rapto habia sido preparado con mucha maña por el jóven Eduardo, quien supo interesar diestramente á Yolanda, pintándole á Ricardo como el príncipe mas magnánimo, y además dándole á en-

tender que Ricardo, llevado por el amor, habia llegado á ir de incógnito al castillo, con la esperanza de verla.

Este príncipe, como ya está impuesto el lector, no habia ido á dar con el antiguo alcázar sino por la casualidad de haberle cogido la noche en medio de una de sus ociosas correrías, seguido de un solo escudero.

Pero la imaginacion de la jóven se exaltó; luego, el pérfido paje tuvo cuidado de hacerle creer que el baron su esposo habia perecido en Palestina, que esto podia dar lugar á que el dia menos pensado fuera ella á caer en las garras de Rodolfo, quien no le callaba la muerte del baron sino para lograr mas fácilmente sus torpes miras, y por último, que Ricardo se le presentaba como libertador, para ofrecerle su mano y una corona, reintegrándola en sus derechos.

Con menos bastaba para alborotar á una mujer sencilla é inclinada á lo novelesco, que apenas rayaba en los diez y ocho años; de suerte que sin pedir consejo á nadie, se puso Yolanda de acuerdo con el paje, y se dejó caer en la trampa que le tendió Ricardo.

A los dos dias de la fuga, Château-Gaillard recibia en sus muros á la jóven castellana y á su regio amante.

Seducida por las falaces promesas de Ricardo y creyendo muerto á su esposo, Yolanda se habia entregado á los deseos del príncipe.

Una noche determinó Ricardo dar un festin á su preciosa dama. Eduardo, encomendado de los preparativos, lo hizo á las mil maravillas: convidóse á toda la nobleza de la comarca, que no dejó de concurrir presurosa á Château-Gaillard.

La guarnicion de la fortaleza, queriendo el monarca que todos tuviesen parte en su júbilo y munificencia, recibieron pre-doble.

Concluido el regodeo, cuando los convidados se ausentaron, mientras brindaban los soldados por las gloriosas felicidades del príncipe, este, retirado en un suntuoso aposento adornado de tapices y decorado con cuanto el lujo de aquellos tiempos ofrecia de mas curioso y atractivo, escuchaba, muellemente tendido sobre una cama, las armoniosas melodías que Yolanda sabia producir con su laúd y que acompañaba con su suave voz.

Arrebatado de amor, se levanta él, acérese á la jóven... Mas, ¿qué poder sobrenatural le clava al suelo? No se diria sino que tiene por delante de sí alguna vision amenazadora. El tan intrépido, titubea, pierde el color, erizansele los cabellos...

—¡Qué teneis, mi amado dueño? exclama Yolanda con estupor.

—¡Yolanda, Yolanda! ¿no ves? Mira, mira, de este lado de la tapiceria... el rostro de mi abuela; con qué mueca tan infernal se rie, mira cómo me convida á acompañarla á los infiernos!... ¡Espectro ó fantasma, retírate!... ¡Hola, guardias, á mí!... Echad fuera ese monstruo horrendo.... Avivad bien las luces.... ¡Allá, allá! os digo; ¿no lo veis tampoco vosotros?... ¡Sombra de los Plantagenetes, retírate! dijo, recobrando un tanto su energía. ¡Huye, vote de aquí! ¡De parte de Dios vivo te conjuro que te vuelvas á los infiernos!....<sup>1</sup>

A estas postreras palabras desaparece el espectro.

<sup>1</sup> Segun la tradicion, una abuela de los Plantagenetes, familia á que pertenecia Ricardo Corazon de Leon, un dia que su marido queria obligarla á estarse en misa, habia echado á volar al tiempo de la consagracion y no habia vuelto á saberse de ella. Ricardo se complacia en contar estas aventuras, agregando siempre:

—No es extraño que en nuestra familia nos aborrezcamos unos á otros; lo que del diablo viene, al diablo tornar tiene.

Pálido como un difunto, Ricardo puede apenas tenerse en pié: no obstante, pone convulsivamente la mano á su espada, medio desenváinala, y desenváinala varias veces sin atinar á lo que hace. Este indicio de un terror que nunca hasta entonces se le habia conocido, parece pronosticar una necesidad de verter sangre...

Llévanle á su lecho, vela á su cabecera Yolanda: tiene un dormir agitado y el sol del dia siguiente le encuentra hecho presa de la mas honda melancolía, la cual viene á calmarse al fin con la esmerada asistencia de la jóven y su constante presencia.

Habian corrido unas cuantas semanas, el príncipe habia recobrado su serenidad habitual; solo sí habia desocupado la pieza en que le habia aparecido el espectro, y desde entonces mandó disponer para sí otros aposentos en otra parte del castillo.

Quiso un dia la bella Yolanda festejar á su real amante. Los manjares mas delicados, los vinos mas exquisitos fueron presentados á manos llenas en una mesa abundantemente servida.

Unos candelabros macizos en que ardian ceras trasparentes ocupaban los ángulos de la sala mayor del palacio. El aposento elegido últimamente por Ricardo era extenso y estaba adornado con inaudita magnificencia. No se veian por todas partes sino cortinajes y entalladuras doradas, ardiendo los perfumes del oriente en pebeteros ricos; habiéndose dispuesto por orden de Yolanda, varias portezuelas vistosas de tapicería.

Ricardo encantado de tan preciosa disposicion, imprimió un beso en la frente de la primorosa Yolanda y díjole:

—Fija mia querida, contigo yo, olvidaria de buena mente las cuitas de mi reino, y si mia quisieres ser toda la vida, te ju-

ro por la mi corona de tornarte la mas noble dama que nunca fuera.

Después, ofreciéndole su mano, asentáronse al banquete con su crecida comitiva, sirviéndoles al pensamiento el jóven Eduardo que á su lado se mantenía solícito.

Pásanse velozmente las horas, en el seno del deleite, mas con frecuencia suele ser cruel el despertar: así aconteció á Ricardo en aquella noche fatal.

Asentáronse los convidados. Ricardo se habia quedado solo y á solas con Yolanda, la cabeza de la jóven estaba descansando sobre el corazon de su amante; Ricardo, á pocos pasos de allí estaba dormido sobre un banco, y las únicas guardias que ocupaban la sala contigua velaban alegremente, festejando algunas botellas de añejo vino que habian quedado.

De súbito óyese gran rumor, ábrese de par en par la puerta, y Ricardo ve ante sí..... á Rodolfo, al mismísimo capitán del huésped de Blossac.

¡Cómo es posible, á aquellas horas!..... ¿por qué medio, por qué prodigio se encuentra en Château-Gaillard este gigante audaz?

Como quiera, aquella magnífica sala donde poco antes retumbaba la melodía de una música deleitosa, retiembla toda con los pasos de las gentes de guerra, de piés á cabeza armados.

Tratan de oponerse dos centinelas á la entrada de Rodolfo; pero este, con la hoja de su espada los derriba por tierra y deja al cuidado de los que le acompañan el quitar de en medio á aquellos enemigos despreciables; pues por su parte, él no busca mas que á Ricardo.

—¡Noble hijo de Inglaterra, exclama el gigante, prevente! Ya no pienses ora en huelgas; advierte que no es ora el abrazo de una mujer lo que el tu pecho va á apre-

tar, sino el de un enemigo de quien no tienes que esperar ni merced ni gracia.

Semejante á un leon sorprendido en su caverna, Ricardo brinca á medio armar sobre un escudo colgado de la pared, y sacando su tizona, pónese en defensa; y para que caro le cueste su vida al agresor, ha mandado salir de allí á Yolanda. Rodeado de un puñado de hombres intrépidos, acomete con un coraje digno de su brillante fama, contra su formidable adversario. Trábase el combate, mas no tarda en resaltar su desigualdad. La fuerza física de Rodolfo, su potente armadura y el auxilio de los guerreros á los cuales no puede Ricardo oponer sino un puñado de soldados, hace toda resistencia peligrosa é imposible.

Para colmo de fatalidad, el cuerpo principal del castillo donde se hallan los guerreros normandos está distante del paraje donde se encuentra Ricardo, y los que le han sorprendido han tenido la precaucion de correr los cerrojos de las puertas de hierro que comunican con su aposento de Ricardo, para cortarle la retirada.

Ya siente el príncipe flaquearle las fuerzas: túrbasele la vista, el acero de Rodolfo está á punto de caer sobre su cabeza, pareciéndole el gigante á la vision que meses antes le llenó de espanto. ¡Ricardo Corazon de Leon va á perecer sin remedio! Mas Eduardo que ha previsto el peligro, que ve á Yolanda arrastrarse á los piés del gigante, suplicándole que perdone al príncipe, hiere con su débil mano al enemigo de Ricardo, para atraerse su cólera: surtiendo efecto su generosa estratagemá, vuelve hácia él su atencion Rodolfo, y con su descomunal espada tiende á sus piés al pobre menino.

En esto, las tropas de Ricardo, que han oido el paloteo de las armas, se abalanzan á la puerta de hierro, y viendo Ro-

dolfo que están estas á punto de ser forzadas y que va á quedar sin retirada, agarra con brazo vigoroso á Yolanda, llévala consigo á pesar de sus doloridos gritos y se pierde con sus compañeros entre las vueltas de un lóbrego corredor.

Cuenta la crónica que una antigua dama de Ricardo, á quien este habia demuchado tiempo atrás abandonado, zelosa de la preferencia con que miraba el soberano á Yolanda, tomó la resolucion de vengarse, á efecto de lo cual impuso á Rodolfo en los interiores del castillo, advirtiéndole particularmente que habia en él una ventana, distante de la torre principal del castillo, y que nadie custodiaba, por la que podia penetrar fácilmente un hombre de alta estatura y sorprender al rey, cuyos aposentos estaban arriba de la ventana.

Rodolfo, á favor de una noche profunda y guiado por la rival de Yolanda, logró sus fines, como acaba de referirse.

Al dia siguiente Ricardo dispuso que un cuerpo de tropas que se proponia acaudillar él propio atacase el alcázar de Blossac; pero recibiendo en la misma mañana aviso de que el Poctú se ha levantado contra él, avergonzado de su derrota de la vispera y repleto el corazon de odio implacable, se precipita como asolador torrente sobre la desdichada provincia. Castillos arrasados, viñas desarraigadas, cosechas destruidas, el pillaje, el incendio, todos los horrores de la guerra, he aquí lo que ofreció Ricardo á sus antiguos aliados; y para que nada pudiese echarse menos, deshonoraba á las mujeres é hijas de los vencidos, entregándolas luego á la soldadesca.

En cuanto á Yolanda, pasó el resto de su vida haciendo penitencia en un convento adonde la habia encerrado Rodolfo, sin que Ricardo volviese á pedir noticias de ella. . . . .

Ricardo, Corazon de Leon, era hijo de Leonor de Guiena, mujer repudiada de Luis VII, y de Enrique Plantagenet, descendiente de Guillermo el Bastardo. Fué mal hijo, mal hermano, avaro, ambicioso y hombre de costumbres

desarregladas. Murió el 6 de abril de 1199 de resultas de la herida de una flecha envenenada que le disparó Beltran de Gurdon, hermano de Yolanda, en venganza de la deshonra de esta y de la muerte de su padre y hermanos.



SOLUCION DE UN ENIGMA.

CUALQUIERA que en su pecho haya sentido  
Afecto maternal, ó al poderoso  
Influjo del amor pierda el reposo  
Que disfrutaba alegre en la niñez,

Cualquiera que humillada en los altares  
Dirige sus miradas hácia el cielo,  
Y luego al contemplarse acá en el suelo  
Reconoce su débil pequeñez,

Al mirar el enigma que recorro,  
Sin duda de ternura en un acceso  
Penetra sin tardanza que es "El Beso"  
Lo que con el misterio se ocultó.....

En vano, en vano con oscuras frases  
Se pretende encubrir que aquí se trata  
De lo que tanto el alma nos dilata;  
Al punto lo adivina el corazon.

Se escucha un trueno siempre que la madre  
Con gozo puro y llena de embeleso  
Imprime un suave y cariñoso beso  
De su hijo sobre el labio de coral;  
Mas no es el trueno aterrador que se oye

Al estallar la tempestad rugiente,  
Es el dulce sonido que la fuente  
Produce entre las flores al brotar.

Tambien se escucha un trueno cuando el jóven  
Entusiasmado y amoroso toca  
La frente de una vírgen con la boca,  
La frente que se cubre de rubor;  
Mas el ruido semeja al que una gota  
De la agua pura que frescor encierra,  
Hace sobre las flores que en la tierra  
Ostentan de sus hojas el primor.

Solemne cual la voz de la campana  
Que inspirando un respeto religioso  
Convoca á la plegaria, y majestuoso  
Como señal benigna de perdon,

Es el beso que estampa el penitente  
Sobre la tierra con la fe mas pura,  
Con la humildad mas santa, y que á la altura  
Sube en las alas de ángeles de Dios.

APOLINARIA VIZCARRA.

JUGAR CON DOS BARAJAS.

(Crónica contemporánea.)

Por Eusebio Romero.

(CONCLUYE.)

IX.

SAINETE Y DRAMA.

EL ajustado casorio de una linda mejicana con un yánqui, capitan intérprete del ejército de ocupacion, era un suceso digno de llamar la atencion de todo el universo, de correr de uno á otro polo, de llenar de inaudita estupefaccion al puñado de millones de habitantes que el globo terráqueo pisan. Y con toda sinceridad declaramos, antes de pasar adelante, que de intento hemos preferido en este caso la voz casorio á la de matrimonio, enlace ó desposorio, por considerarla mas adecuada y significativa que la de matrimonio, que es demasiado decente, enlace, demasiado noble, y desposorio, demasiado sagrada, tratándose de dar á entender un matrimonio hecho á la diabla.

Pero volviendo á nuestra historia, no se hablaba de otra cosa en todo Méjico. ¡Como que no habia habido ejemplar de ello!

La preciosa Concepcion Vidáurraga, la hechicera moradora del número 4 de la calle de la Moneda, se casaba pues sin género alguno de duda, y con un extranjero, con un extranjero que habia contribuido á humillar la patria de la linda novia, á verter la sangre de los compatriotas de la primorosa novia, y quien para decirlo todo de una vez habia vendido, á lo que

TOM. II.

mas de cuatro aseguraban, el parapeto de los PUROS durante la lucha entre estos y los POLCOS, de la cual dejamos dichas unas cuantas palabritas.

Es verdad que Conchita tenia sus cuentas pendientes y muy formales, con otra persona; pero ¡quién se acordaba ya de Eduardo? "A muertos y á idos"... dice el refran... Y luego tambien, ¡trataba acaso Conchita de perder el tiempo, de darse por satisfecha con cartas que por mucho amor que pintaran no pasaban al fin de cartas, y cartas escritas desde Chihuahua, como quien dice desde el cabo del mundo, para quien vive en Méjico?

¡Pero y los padres de la niña?... ¡Oh! el padre, fiel á sus deberes, andaba quién sabe por dónde, mientras los pobres vecinos de Méjico comian el amargo pan de la emigracion en Querétaro; y en cuanto á la madre, ya lo dijimos, ¡qué habia de hacer en el grave aprieto sino tomar lo cierto por lo dudoso?

Por la época de que hablando vamos, un hombre, sobreponiéndose á las habillitas, ahogando sus mas nobles sentimientos, y avasallando las opuestas opiniones, concertaba un tratado de paz, el que mas adelante se consumó en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, con la sancion de los respectivos plenipotenciarios.

P.—14